



Jorge Medina Viedas

El accidente

La ruta de San Mateo la he recorrido más veces que la calzada de Los Misterios y muchas más que La Pera de la carretera a Cuernavaca. La primera vez fue hace 40 años dos meses cuatro días, el 6 de septiembre de 1968. En esta conocida entrada aérea a la Ciudad de México, a las 6:46 de la tarde del 4 de noviembre, ocurrió el lamentable accidente que reduciendo el crispado clima nacional.

Es ahí, en el recorrido casi final de este destino, cuando la operación de aterrizaje en el aeropuerto capitalino Benito Juárez adquiere su momento más emocionante. En días despejados, el enorme valle que comprende la zona metropolitana se muestra como una alfombra terrosa y contrahecha, la cual se extiende interminable por todos los puntos cardinales de la ciudad.

Periférico, Cuatro Caminos, la Torre de Pemex, Reforma, Chapultepec van de prisa en la aproximación. En el giro de "la gota" del avión, sobre el World Trade Center y la torre de Mexicana, la salida del tren de aterrizaje va acompañada de un leve estremecimiento del aparato; y es en ese momento que las calles de Insurgentes, Xola, calzada de Tlalpan, el Palacio de los Deportes, pasan

puntual, paulatinamente antes de que las llantas del avión se depositen sobre alguna de las dos pistas de uno de los aeropuertos más peligrosos del mundo.

Por los riesgos de aterrizaje y despegue en este aeropuerto, a muchas compañías de aviación les significa un pago extra para los pilotos. El gran Jorge Ibargüengoitia, quien moriría en un accidente en el aeropuerto de Barajas, en Madrid, escribió que cuando despegaba del Benito Juárez temía llegar un día por sorpresa a comer a su casa, situada en la colonia Condesa.

Pese a esta mala fama, se ha dicho, sin embargo, que el aeropuerto está hecho con gran precisión aeronáutica. Es muy posible. Sí, pero para una población diez veces menor y un tráfico igualmente inferior que el que existía cuando se inauguró.

Ahora, parte del espectáculo diario de los angustiados capitalinos es ver en el espacio metropolitano la ringlera de aviones, uno tras otro, arrimándose a la ciudad; y mientras unos llegan, otros despegan. Siempre he dicho que pese a todo lo

La posibilidad de que el Learjet haya entrado en un vórtice de estela provocado por las turbulencias de otros aviones y la sospecha de que pudo haberse sumado un mínimo descuido de los protagonistas en la operación es muy alta, y condensa la hipótesis del accidente



Continúa en siguiente hoja

que pasa en nuestro país, pese a las trifulcas de nuestra vida pública, de nuestros pesares económicos, sociales y políticos, la mejor señal de que México tiene remedio, son sus controladores, pilotos y trabajadores de la aviación mexicana. Organizar, durante los 365 días del año, minuto a minuto, segundo a segundo la entrada y salida de la ciudad de estos proyectiles volantes que son las aeronaves sin que se produzcan accidentes (pilotos han comentado que el de un avión comercial en la ciudad podría causar la muerte de 3 mil personas) es la mejor prueba de nuestras potencialidades.

Pero todos estos hombres y mujeres de la aviación mexicana no son infalibles. Ni tampoco son responsables de la reducción natural de la capacidad del aeropuerto ni del aumento del movimiento de aviones. Mucho menos son culpables de que

el semillón ex presidente Vicente Fox reculara en la decisión de construir el aeropuerto de Texcoco, y hoy se tengan que enfrentar a esta labor en circunstancias cada vez más riesgosas y de mayor complejidad, como las que se presentaron el martes por la tarde.

El avión en el que viajaban Juan Carlos Mourriño, José Luis Santiago Vasconcelos y siete personas más entró en la hora de mayor atasco de la ruta de San Mateo. La posibilidad de que el Learjet haya entrado en un *vórtice de estela* provocado por las turbulencias de otros aviones y la sospecha de que pudo haberse sumado un mínimo descuido de los protagonistas en la operación es muy alta, y condensa la hipótesis del accidente.

Este *vórtice de estela* no es otra cosa que el vacío que vuelve incontrolable al avión y es consecuencia del intenso tráfico aéreo que, en las condiciones

de ruta como las del Learjet, resulta fatal. ¿Así de simple? Sí, pero altamente realista e igualmente funesto.

Por eso no creo que haya sido un atentado. Sé de la creencia mayoritaria de éste por el clima propiciatorio de la lucha contra el *narco* y la desconfianza dominantes, más aun cuando sus promotores entreveran sus intereses políticos y mediáticos.

Pero no, el desacuerdo con el gobierno no me implica desearle lo peor. Sí tengo la convicción, sin embargo, de que el accidente, además de que nos revela la calamidad nacional del individualismo indolente y corrupto, en el que cada quien vela por su santo sin importar que al país se lo lleve el diablo, nos demuestra que han aumentado las probabilidades de nuevos accidentes en las aproximaciones o despegues del aeropuerto Benito Juárez de la Ciudad de México. ■■

